

La naturaleza como objeto de estudio en *A Garden Diary* de Emily Lawless

María Elena Jaime de Pablos

Emily Lawless: una figura histórica controvertida

Emily Lawless (1845-1913) nació en el Castillo de Lyons, en el condado irlandés de Kildare, en el seno de una familia de la aristocracia anglo-irlandesa; fue la primera de los ocho hijos que tuvieron Edward Lawless, tercer Barón de Clonclurry, y Elizabeth Kirwan. Como escritora, cultivó distintos géneros literarios y publicó artículos de diversa índole tanto en prensa general como en revistas especializadas. Entre sus obras destacan: el poemario *With the Wild Geese* (1902), el libro de historia *The Story of Ireland*, la biografía *Life of Maria Edgeworth* (1904), el diario *A Garden Diary: September 1899-1900* (1901) y las novelas *Hurriah* (1886), *Grania: The Story of an Island* (1892), *Maelcho* (1894) y *With Essex in Ireland* (1890).

Gracias a ellas, Emily Lawless disfrutó de gran notoriedad pública en vida y fue considerada una excelente escritora, una brillante naturalista y una relevante historiadora. Su influencia alcanzó los más altos círculos intelectuales británicos, incluso el Primer Ministro del Reino Unido William Gladstone recurrió a ella para formular algunas de sus medidas políticas (Smith 2006: 24). Cabe destacar, no obstante, que sus ideas unionistas no encontraron un buen encaje en la Irlanda finisecular, en la que el nacionalismo era un clamor popular y el autogobierno una exigencia política.

Tanto sus trabajos de investigación como sus escritos literarios han servido de fuente de inspiración para muchas otras mujeres, concretamente en el terreno de las letras¹, las obras de grandes autoras irlandesas del siglo XX como, por ejemplo, Kate O'Brien o Jennifer Johnston, no serían imaginables sin las de Lawless (Cahalan 1991: 27, O'Donnell 2018), que, por su parte, tuvo como modelo a Maria Edgeworth, sobre la que escribió un libro que contenía las claves para entender la vida y la narrativa de esta autora. En este también evidenció su propia posición "feminista o proto-feminista" (Cahalan 1991: 35)²

¹ En el que, según Nadia Smith, se sitúan "sus mayores logros" (2006: 23).

² Igualmente testimoniada en sus primeras novelas, baste como ejemplo *Grania: The Story of an Island* (su mayor éxito editorial), un alegato a favor de la emancipación femenina. Sin embargo, señala Heidi Hansson que Lawless evitó participar activamente en el movimiento feminista por influencia materna o por la de la escritora y amiga de la familia Margaret Oliphant, que se declaró contraria tanto a la acción como a la ficción feminista (2007: 30).

estrechamente ligada a su “deseo de reformar las relaciones sociales y sexuales” (Meany 2000: 977) que sustentaban el victorianismo en las Islas Británicas.

Pese a ser célebre en vida, Emily Lawless cayó en el más absoluto olvido durante décadas hasta que a finales del siglo XX algunas profesoras universitarias (entre las que destacó Elizabeth Grubgeld) comenzaron a realizar estudios críticos sobre su obra. De cuantos trabajos se han publicado desde entonces, sobresale la monografía *Emily Lawless 1845-1913: Writing the Interspace*, publicada en 2007 por Heidi Hansson. Esta experta en Emily Lawless asegura que la autora fue marginada del canon literario irlandés por no alinearse con quienes abanderaron el movimiento denominado “Irish Literary Revival”³ (“Revivalismo literario irlandés”), pues si bien entabló relaciones con sus líderes (William Butler Yeats y Lady Augusta Gregory), siempre se mostró escéptica respecto del tipo de nacionalismo cultural por el que abogaban, así como contraria a la independencia política que reivindicaban (Hansson 2011: 60).

Sí sostuvo, no obstante, que Irlanda era una entidad natural y cultural diferenciada, a la que había que aplicar formas de clasificación y explicaciones racionales específicas (Hansson 2014: 9). Tanto su desafección nacionalista (Goodman 2006: 186, Hansson 2011: 60) como sus problemas de salud (Cahalan 1991:30) pudieron haber motivado, a mediados de la década de 1890, su marcha a Gomshall, pueblo del condado de Surrey (Inglaterra), en el que conviviría con su amiga Lady Sarah Spencer hasta el final de sus días.

En España, Emily Lawless es prácticamente una figura desconocida, ni se han traducido sus obras, ni se le ha prestado atención crítica a las mismas. El presente trabajo pretende dar visibilidad y poner en valor a esta escritora mediante el análisis de su concepción de la naturaleza como objeto de estudio en *A Garden Diary: September 1899-September 1900* (*Diario de un jardín: septiembre 1899-septiembre 1900*), una publicación en la que recoge las observaciones naturales y las reflexiones personales que realizó en el jardín de su casa de Gomshall en el plazo comprendido entre el 1 de septiembre de 1899 y el 11 de septiembre de 1900, fechas de la primera y última entradas del diario respectivamente.

La naturaleza: una fuente de inspiración literaria

Mathew Goodman afirma con rotundidad que “Lawless escribió su obra [en sentido genérico] desde una perspectiva naturalista” (2006: 185)⁴. El naturalismo fue una

³ Movimiento cultural que defendía la independencia irlandesa esgrimiendo diferencias de tipo lingüístico, literario, artístico, histórico, etc. respecto de la metrópoli.

⁴ Todas las traducciones, de inglés a español, que se incluyen en el presente trabajo han sido realizadas por la autora del mismo.

corriente de pensamiento muy extendida durante la segunda mitad del siglo XIX gracias al gran impacto que tuvieron las ideas de hombres de ciencia de la talla de los evolucionistas Charles Darwin o George John Romanes. Jean-Marie Schaeffer define el término del siguiente modo:

El naturalismo es un principio mesocognitivo que guía el estudio sobre la problemática de la identidad humana anclándola en la evolución de las formas de vida biológica en la Tierra. El naturalismo así entendido lleva pues a sostener que el estudio del hombre sólo puede consistir en el estudio de una forma de vida biológica. (2009: 381)

En efecto, para Lawless, la vida biológica, la naturaleza, fue una potente fuente de inspiración, además de un campo de descripción e investigación fascinante. Esta temática tan poliédrica se pueda analizar en su obra desde distintos ángulos, Edith Sichel apunta al menos tres: la Naturaleza perceptible a nuestros sentidos, la investigación de la Naturaleza como objeto de la ciencia y el pensamiento relativo a la Naturaleza que constituye toda una filosofía (1914: vi). Al abordar la naturaleza también desde un plano rigurosamente científico, se diferencia de los escritores y escritoras pre-modernistas y modernistas que exploraban distintos elementos de la naturaleza fundamentalmente como metáfora de la vida interior del ser humano (Hansson 2014: 6).

Claro ejemplo de su gran espíritu naturalista fue la redacción de *Diario de un jardín*, un libro que enmarcó dentro de un género literario narrativo⁵ que estaba estrechamente vinculado a la práctica del estudio naturalista amateur y que cultivaban en gran medida mujeres que combinaban en él conocimientos sobre botánica, revelaciones de tipo personal, reflexiones de carácter espiritual y opiniones críticas relativas al mundo de la ciencia (Hansson 2011: 60). Para estas mujeres el jardín era un “microcosmos del mundo apropiado para la enseñanza de las complejidades de la vida” (Page and Smith: 2011: 50). Junto a Emily Lawless, sobresalieron en este género Elizabeth von Arnim con *Elizabeth and her German Garden* (1898) y Maria Theresa Earle con *Pot-Pourri from a Surrey Garden* (1897) entre otras.

En *Diario de un jardín*, la autora pasa del estudio de la flora y fauna de su jardín al de la condición humana, que examina desde un punto de vista espiritual, filosófico, social y político. Especial interés concede a algunos de los incidentes que marcaron el panorama político-social victoriano en el marco cronológico que abarca la redacción del diario (como se especificaba con anterioridad, del 1 de septiembre de 1899 al 11 de septiembre de 1900): la Segunda Guerra Bóer en Sudáfrica, el Levantamiento de los Bóxers en China

⁵ El que incluye los denominados en inglés “Nature diaries” [diarios de la naturaleza] y “garden journals” [revistas de jardinería] (Hansson 2011: 60).

o el fervor revolucionario de la Irlanda del finisecular. Por tanto, se puede constatar que en este diario naturaleza y humanidad están irremediabilmente vinculados.

Emily Lawless: una naturalista finisecular

Emily Lawless se propuso estudiar la “Naturaleza”⁶, fuente instiladora de verdades indispensables (Lawless 1901: 30) y “gran arcana de la vida” (1901: 177), a muy temprana edad. En un relato corto autobiográfico titulado “An Entomological Adventure”, inserto en la colección *Traits and Confidences* (1897), revela que ya desde la infancia deseaba convertirse en una gran experta en entomología, un campo del saber que le atraía poderosamente a juzgar por el contenido del siguiente fragmento:

la misma sonoridad del nombre tenía un valor infinito, un nombre que repetías una y otra vez en secreto y al que creías hacer honor mientras deambulabas por la casa. ¡Con qué dignidad, con qué solemnidad [...pronunciabas] las sílabas que componen la palabra En-to-mó-lo-go!. (Lawless 1897:11-12)

En la primera página de su diario, Lawless estima que un estudio global de la naturaleza requiere un análisis descriptivo y comparativo de distintos tipos de paisajes, fauna, flora y etnias siguiendo el modelo de Charles Darwin, paradigma de científico decimonónico, que viajó a bordo del *Beagle* de 1831 a 1836 para obtener los datos geológicos, zoológicos, botánicos y antropológicos que le permitirían establecer la famosa “Teoría de la evolución por selección natural”. Pero, a continuación, afirma que también es posible contribuir al desarrollo científico sin realizar grandes desplazamientos, ni entrar en contacto con animales, plantas y seres humanos de lugares remotos.

Asimismo, Lawless distingue dos tipos de estudiosos de la naturaleza: el “Hombre de ciencia”⁷ y el poeta. Mientras el primero hace una crónica de lo que observa y estudia, fundando su saber en datos; el segundo se afana en descubrir el “alma de las cosas” a través de la reflexión motivada por impresiones y en transmitir el conocimiento resultante a sus congéneres (1901: 177). Según la autora, la persona ideal para abordar el estudio del origen, evolución y funcionamiento del planeta que habita el ser humano desde una perspectiva integral debe poseer las características que definen a estos dos tipos de estudiosos de la naturaleza, esto es, debe estar dotado de una mente bien formada y estructurada, pero capaz de manejar datos con dinamismo, versatilidad y creatividad (178).

Ella misma sería un ejemplo de este tipo de persona científica y literata porque cultivó el conocimiento de la naturaleza en calidad de entomóloga, botánica, geógrafa,

⁶ Palabra que incia con “N”, mayúscula para darle relevancia y solemnidad.

⁷ Cabe indicar que Emily Lawless emplea la expresión “hombre de ciencia” en *A Garden Diary* para hacer referencia tanto al hombre como a la mujer que se dedica al conocimiento de la naturaleza.

geóloga y zoóloga marina amateur con método y rigor, pero desde una perspectiva abierta, creativa e ilusionada. Además, lo hizo en una época, la victoriana, en la que se consideraba al género femenino inferior al masculino física e intelectualmente y, por tanto, no se concebía la participación de la mujer en el desarrollo de la ciencia si no era a modo de entretenimiento, podía recoger, identificar y clasificar material, pero no establecer conclusiones científicas (Hansson 2011: 63) que condujeran a hallazgos de relevancia.

Aun siendo mujer, por tanto, sin estudios universitarios y sin posibilidades de explorar el mundo libremente al más puro estilo darwiniano, Emily Lawless se propuso aportar nuevos datos que contribuyesen a la construcción del corpus científico de la época como lo haría un naturalista coetáneo a través de la observación de un espacio natural cercano, limitado y domesticado: su jardín. A su juicio, el conocimiento del engranaje que supone la tierra como planeta se podía abordar mediante el estudio de una pequeña porción del mismo. En este espacio de observación de la naturaleza y de experimentación en relación a la misma hizo pequeños descubrimientos que le procuraron grandes satisfacciones personales, porque, para ella, pocas experiencias vitales eran tan estimulantes como el descubrimiento de un eslabón, por pequeño que fuese, en la cadena del conocimiento de las leyes naturales después de haber logrado establecer las conexiones adecuadas como consecuencia de un largo proceso experimental (Lawless 1901: 219).

Uno de estos descubrimientos le granjeó, además satisfacción personal, el reconocimiento público a su labor como naturalista: Emily Lawless descubrió que en la zona de Burren, en el oeste de Irlanda, la encargada de la polinización era una polilla en lugar de una abeja porque esta no encontraba su hábitat en semejante enclave. El mismo Charles Darwin quedó impresionado con tal descubrimiento y le sugirió que enviase a la revista *Nature* un artículo en el que informara al respecto (Nelson 2016: 148).

A pesar de la seriedad y precisión con las que afrontó el estudio científico, Lawless se consideró a sí misma investigadora amateur (Lawless 1901: 220), si bien afirmó que quienes se ocupaban de escrutar la naturaleza como ella, en esta categoría, también contribuían con sus hallazgos al desarrollo de lo que denominó “gran catedral del descubrimiento” (1901: 220), de hecho, opinaba que su papel en el desarrollo del conocimiento de la vida era tan necesario como el de los científicos formados en instituciones académicas y que, por ello, la naturaleza no establecía diferencias jerárquicas entre unos y otros:

Ella [la naturaleza] es una autócrata, una autócrata para la cual todos los sujetos están al mismo nivel. A su juicio, no hay ser superior, ni inferior. Geólogo, botánico, zoólogo, horticultor –cazador de abejas, picapedrero o recolector de malas hierbas– no importa lo que nos llamemos o nos llamen, mientras seamos sus seguidores, nos recibirá a todos por igual. [...] A todos nos aceptará con la misma serena y absolutamente indiferente tolerancia. (240)

Esta naturaleza personificada aparece como elemento equiparador, pues en su seno no hay “ni más grandes, ni más pequeños; ni más jóvenes, ni más mayores; ni más sabios, ni más tontos; ni más, ni menos importantes” (241). Esto, sin duda, contrasta con la ideología científica imperante en la época victoriana por dos motivos: primero, porque rompe con el prejuicio de que hay que relegar a un segundo plano a quienes investigaban de forma amateur en el campo de la ciencia; y segundo, porque permite establecer la siguiente conclusión de carácter epistemológico: si tanto el investigador amateur como el científico formado pueden descubrir hechos de la naturaleza en términos de igualdad, entonces no pueden establecerse parámetros científicos universales que determinen el modo en el que debe ser estructurado el conocimiento, solo convenciones arbitrarias (Hansson 2011: 66).

Con asertos como los anteriores, la escritora irlandesa también minó las bases de la discriminación sexual que apartaba a las mujeres del camino que conduce al conocimiento invocando una supuesta inferioridad intelectual y una cierta incapacidad para realizar acciones que no estuviesen vinculadas al cuidado del marido, de los hijos o del hogar en el marco del espacio doméstico. Con alegatos por la igualdad como el referido, que suponen, asevera Heidi Hansson, un ataque dirigido a la ciencia establecida y su filosofía de exclusión, Lawless, investigadora amateur y mujer, pretende crearse un hueco propio en el campo de las ciencias naturales (2011: 66).

Lawless, apunta James Mc Elroy, en sintonía con otras coetáneas, centró su trabajo en el estudio de la naturaleza para dilucidar qué era y cómo podía ser interpretada en clave de género. Para ello empleó un paradigma adaptativo (2011: 62) en el que el sexo femenino y la naturaleza son equiparables, pero no al modo tradicional que las asocia a cualidades negativas (inferioridad, pasividad, irracionalidad, incultura, etc.), sino de tal forma que podríamos entroncarlo con el pensamiento ecofeminismo más actual que vincula ambas a conceptos positivos tales como vitalidad, empoderamiento o sabiduría. En esta misma línea, James Cahalan afirma que la escritora se manifestó contraria al sistema de dominación que ejercía el patriarcado tanto sobre el mundo natural como sobre el sexo femenino (1999: 33-34).⁸

Al escribir *Diario de un jardín*, la autora reflejó su convencimiento de que las mujeres podían tener un papel relevante en el estudio científico porque sus cerebros, como los de los varones, eran capaces de producir ideas con las que concebir el mundo a través de nuevas estructuras mentales, imprescindibles para desenmarañar los misterios que entraña la vida en la Tierra. Ella misma constituyó el mejor ejemplo para ilustrar dicho

⁸ En este sentido, Lawless fue heredera de los principios postulados por una genealogía de escritoras preocupadas por el estudio de la naturaleza desde una óptica feminista. Esta estaba integrada, entre otras, por Priscila Wakefield (1751-1832), Maria Elizabetha Jacson (1755-1829) y Jane Wells Webb Loudon (1807-1858).

convencimiento en cuanto que demostró ser una gran generadora de este tipo de ideas tan absolutamente necesarias para el desarrollo de la especie humana:

En el plano de las ideas, ningún hombre puede afirmar positivamente lo que le depara el futuro. Por muy doméstica y aburrida que sea su existencia, siempre tiene la posibilidad de descubrir algo nuevo, algo que cuando emerge en el horizonte, desplaza cualquier otro pensamiento de la mente. No pasa un día, ni tan siquiera una hora, en el que una idea novedosa no surja para reestructurar el conocimiento que tenemos sobre la vida. Es un potente disolvente que deshace impresiones desfasadas para dejar espacio a otras nuevas. Los hombres se alimentan de ideas, casi literalmente, como de pan; un mundo sin estas ideas es un mundo sin vida” (Lawless 1901: 221).

En el ámbito de lo personal, la investigación de la naturaleza significó mucho para la autora, gracias a ella se consideró útil al progreso de la ciencia humana y a la conservación del medio ambiente, garantía de futuro para el planeta; pero, además, esta le permitió soslayar lo que denominó “prosa de la vida” (1901: 221), en tanto que pudo escapar a las preocupaciones de una existencia ordinaria ocupando su mente en una actividad que le parecía fascinante, productiva y generadora de nuevos horizontes: “A medida que la mente desciende a lo más profundo de ese abismo sereno [que es la Naturaleza], se va liberando de los elementos confusos, complicados y perturbadores que la hostigan a diario” (224-225).

Esa investigación, esa “búsqueda de ideas”, que le permitía conectar al ser humano, limitado y temporal, con el resto de la creación, infinita y eterna, se convirtió en una ocupación racional absolutamente necesaria para Emily Lawless (222), y contaba para acometerla con dos recursos capitales: primero, conocimiento de los principios que fundamentaban la base epistemológica de las materias en las que investigaba y, segundo, capacidad de relacionar ideas de forma imaginativa con el propósito de descubrir nuevas realidades. Hansson afirma que Lawless empleaba como metodología de investigación el empirismo, que tenía como modelo de trabajo el de Charles Darwin y que era capaz de transmitir los detalles de las observaciones que realizaba con precisión porque manejaba la terminología apropiada para ello (2011: 62).

Como naturalista competente que llegó a ser gracias a lecturas especializadas, conversaciones e intercambios epistolares con eminentes hombres de ciencia (entre los que descuellan Charles Darwin o Matthew Arnold) y rigurosos trabajos de campo, pudo divulgar sus hallazgos en las páginas de conocidas publicaciones de carácter científico como *Nineteenth Century*, *Corhill Magazine*, *The Gentleman's Magazine* o *Belgravia* (Hansson 2007: 61).

Sorprende, por tanto, que, pese a la proyección pública que alcanzó en el terreno de las ciencias naturales, un reputado biólogo de la época, George John Romanes, se refiriese a ella como “lady observer” (en Nelson 2016: 149) y no como “lady naturalist” en una carta que remitió a Charles Darwin. Sin duda, esto solo puede entenderse si nos situamos en el marco de la ciencia victoriana, cuyos parámetros de análisis y categorización eran profundamente patriarcales.

El jardín como laboratorio de estudio

Dado que el jardín forma parte del entorno doméstico, feudo tradicionalmente femenino, la mujer victoriana podía transitarlo, observarlo, describirlo y reflexionar en él sin temor a la crítica social. Lawless convirtió el suyo en un laboratorio para el estudio de diversas disciplinas. No hubo elemento (tierra, semilla, planta, flor, mala hierba, insecto, animal...), proceso (acondicionamiento del terreno, plantación, trasplantación, fertilización, polinización, floración...) o fenómeno (estación del año, climatología, pluviosidad) en él que no fuese objeto de análisis pormenorizado.

En *Diario de un jardín*, dedica especial atención, por razones obvias, a la botánica, que según Judith Page and Elise Smith, se consideraba la ciencia más apropiada para las mujeres dado que implicaba el estudio de las flores, elementos femeninos por antonomasia de la creación debido a su belleza, delicadeza y tamaño, así como a su profusión en los espacios naturales (2011: 55). En la obra que nos ocupa, la autora no solo ofrece información detallada de la flora que se encuentra en su jardín (desde nomenclaturas hasta datos relativos a precio de compra, adaptación al terreno, cuidados que requiere o estimación de supervivencia), también especifica las características de las diversas formaciones botánicas que lo vertebraban (zona de plantas alpinas, zona de plantas bulbáceas, zona de plantas autóctonas de Irlanda, etc.).

Llama la atención de quienes leen *Diario de un jardín* la importancia que concede la escritora a las malas hierbas, que, por una parte, le sirven para ilustrar la lucha por la supervivencia que entablan los seres vivos (en este caso la que protagonizan distintas especies vegetales por la ocupación del espacio que determina su existencia) y, por otra, para subrayar su utilidad en el mantenimiento de la habitabilidad del planeta, pues indica que, aunque son “indeseables” en los jardines, son imprescindibles en la Tierra para conservar los niveles de agua, siendo su capacidad para lograr este objetivo muy superior a la del hombre, a pesar de que este puede construir diques y presas (Lawless 1901: 24). Muestra así que absolutamente todas las variedades de plantas tienen un papel esencial que cumplir en el desarrollo de la vida en la Tierra y que, por tanto, no solo son dignas de estudio, sino también de protección.

Pero, Emily Lawless no solo manifiesta fascinación por la flora de su jardín, también deja constancia de su pasión por el estudio de la fauna que se desarrolla en él, focalizando su atención en insectos y anfibios. Muchas son las líneas que, por ejemplo, dedica al examen de las ranas que se prodigan en su estanque: ciclos vitales, sistema reproductivo, aparato respiratorio, etc. Le sirven, por un lado, para introducir información sobre distintas especies de ranas y, por otro, para abordar la “Teoría de la evolución” de Charles Darwin, pues a través de las fases de crecimiento de estos anfibios explica el modo en el que formas sencillas dan lugar a otras más complejas.

La naturaleza como expresión de la divinidad

En *Diario de un jardín*, Emily Lawless emplea los conceptos de naturaleza y vida como si fuesen sinónimos y estima que el estudio de la naturaleza no es sino el de la vida en sus múltiples manifestaciones. Esto está en consonancia con la filosofía naturalista más ortodoxa que “sitúa la ciencia en el mundo de la vida” (Ziman 1998: 293).

Ahora bien, asevera la autora que el estudio de la vida conduce irremediabilmente al conocimiento del ente que la hace posible, a su “Inventor”, Dios, así aúna ciencia y espíritu religioso de tal modo que profundizar en la primera implica enraizar el segundo:

[...] La vida, indómita y heterogénea, a medida que asciende en la escala natural se hace más consciente de sí misma [...]. Cabe preguntarse qué límites se pueden establecer en relación a sus infinitas facultades, transformaciones y posibilidades todavía por descubrir, teniendo en cuenta que estas han sido concebidas por su Inventor desde el principio de la creación. (Lawless 1901: 224)

La naturaleza sobre la que reflexiona Emily Lawless es fruto de la voluntad de un ser todopoderoso (1901: 228), que la dota de un potencial energético infinito y eterno orientado al cumplimiento de una lógica clara, definida y ordenada: “la Naturaleza se reproduce sin fin en el tiempo y en el espacio, [...] siguiendo un plan [...] perfectamente claro, definido y estructurado” (25). Entendida así, es un “Templo invisible” (196) edificado para que el ser humano se comunique con un Dios bondadoso y protector, le rinda devoción con independencia de la religión que practique y adquiera consciencia de su insignificancia en el marco de un universo plagado de seres vivos con la misma importancia relativa que él mismo:

Sin duda, el hombre es una criatura creyente, [...]. Puede no oír el tañido de las campanas de la iglesia, puede rechazar cualquier etiqueta que lo vincule a una denominación religiosa concreta, pero no puede evitar sentirse sobrecogido en el

corazón de un bosque y caer de rodillas [...] al experimentar la sensación de que tiene cerca un ser bondadoso que le protege. Esta sensación es tan intensa en algunos momentos de la vida que necesitamos hacer grandes esfuerzos para ignorarla. La inmensidad de la arena en la que se desarrolla nuestro pobre e insignificante drama, así como las preocupaciones que nos genera, se hacen más livianas en esos momentos que de costumbre. [Y] Nos preguntamos, si comparados con la inmensidad de esa arena, nosotros y nuestras preocupaciones no son sino infinitesimales; y si estas no cuentan en el diseño de la creación más que las aflicciones de un ratón con una pata rota, o de una abeja aplastada, [...] pues tanto el ratón como la abeja tienen, después de todo, un lugar asignado en dicha creación. (197-198)

Curiosamente, aunque la naturaleza sea manifestación de Dios (icono masculino por excelencia), Lawless la define en términos eminentemente femeninos, bien como madre fecunda, generosa y justa, que “recompensa” cuantos cuidados le dispensan sus hijos (34), bien como *femme fatale* terrible y peligrosa, capaz de destruir, sin piedad, lo construido por el ser humano⁹. En el marco de esta segunda concepción de la naturaleza, cabe añadir que la “ferocidad” y los “poderes de aniquilación” que le atribuye (98) afectan particularmente a las “criaturas” más débiles, las que resultan ser menos aptas para la lucha por la supervivencia.

Esa todopoderosa madre naturaleza que describe Emily Lawless se rige por unas leyes inamovibles que marcan los designios del planeta y de sus habitantes. Sin embargo, el ser humano moderno y sofisticado, especialmente el que vive en las urbes, cree lo contrario, que es él el que configura su propio destino y el de la Tierra: “[...] nosotros, criaturas pequeñas y amantes del artificio, de cuántas maneras no somos sino elementos accesorios de la naturaleza más que sus dueños? [...] Pretendemos creer que nuestra ley y no la suya gobierna el planeta” (42-43).

A este sujeto arrogante y vanidoso, que presupone que la naturaleza es una entidad pasiva que ha sido creada a su medida y para su único beneficio¹⁰, se vuelve a dirigir la autora en páginas posteriores bajo el apelativo de “bípedo aburrido” (174) con el propósito de amonestarle, no solo por obviar el verdadero potencial de la naturaleza (infinito) y su posición en ella (un simple engranaje más del conjunto), sino también por olvidar que la mayor fortuna de la especie humana radica en su capacidad para conectar espiritualmente con ella¹¹. Estos “bípedos”, critica la autora, desobedecen las leyes de la

⁹ La autora ofrece como ejemplo su propio jardín, devastado por las extremas condiciones meteorológicas que acontecieron en Surrey el 7 de febrero de 1900 (Lawless 1901: 94).

¹⁰ En cierto paralelismo con la creación de la mujer, pasiva y sumisa, para servir al hombre, activo y dominante.

¹¹ En otra de sus obras, *The Story of Ireland*, Lawless se expresa en términos parecidos y alude a la capacidad que tiene el ser humano para “comunicarse místicamente” con la naturaleza, una entidad a la que atribuye naturaleza divina y “poderes desconocidos” para la consecución del bien. Añade la escritora, que

naturaleza, no hacen nada para protegerla y, además, le dan la espalda cuando viven encerrados en espacios en los que apenas ven la luz del sol. De ellos resalta “su increíble estupidez” (174).

No obstante, la naturaleza, como “gran Madre” (174) que es, no desiste en su empeño de reconducir la trayectoria de estos hijos “bípedos” a los que invita a retomar la vía correcta apelando a sus sentidos e instintos, así, por ejemplo, a través de una suave brisa o un paisaje de primavera en flor, despierta en ellos un deseo de comunión con lo natural que les devolverá a su estado prístino (174-175) de libertad y felicidad. Esto es posible porque en cada ser urbano, moderno y sofisticado, habita otro ascencial del que no puede desembarazarse, “Sir Primitive”. Este opera en el subconsciente de aquel para recordarle su origen animal y para despertar en él la necesidad de integrarse en entornos naturales que le procuren energía, bienestar y espiritualidad:

Ya no necesitamos recurrir al abrigo de unas ramas protectoras, ni refugiarnos en cavidades cubiertas de blando musgo durante la noche, pero cuando nuestra mente vuela a estos lugares, nuestro cuerpo experimenta una sensación de vigor porque la vida al aire libre es parte de nuestra herencia natural como es parte de la herencia natural del zorro, la paloma torcaz o la polilla tigre. (176)

El sujeto finisecular no solo encarna lo moderno y lo primitivo, también “lo salvaje” y “lo doméstico”, “lo temporal” y “lo permanente”, “lo real” y “lo artificial” (43); es, por tanto, un ser contradictorio, que llega, en ocasiones, al extremo de propugnar lo opuesto a lo que efectivamente piensa o hace. Lawless ilustra este aserto con un ejemplo pertinente al título de su obra: el hombre victoriano defiende públicamente que los jardines sean naturales y salvajes, pero los diseña de tal modo que los arbustos exhiban formas irreales y las plantas se muestren formando líneas, cuadrados o paralelogramos (46). Ella misma, con el fin de lograr un efecto estético determinado, planifica el suyo siguiendo una lógica que atiende a factores como las propiedades del terreno, la localización, la iluminación, la humedad, las características de las plantas, el cuidado que estas requieren, su ciclo de floración, la armonía en el estilo, los elementos adicionales, etc.

En su forma de discernir la interacción entre seres humanos y naturaleza, Lawless coincide con el esteticismo finisecular y con el primitivismo modernista al postular que una sociedad cadavérica solo puede vigorizarse si sus miembros atienden sus deseos e impulsos naturales (Hansson 2016: 50).

gracias a esta conexión espiritual el sujeto adquiere la fortaleza mental que necesita para contrarrestar los poderes del mal (Lawless 1986: 21).

Emily Lawless: una gran divulgadora del conocimiento de la naturaleza

Además de poseer las cualidades y los fundamentos necesarios para el estudio de la naturaleza, Emily Lawless cuenta con las habilidades precisas para transmitirlo de un modo claro y fácil como se puede observar en *Diario de un jardín*. En esta línea argumental, Hansson sostiene que la escritora continúa la senda trazada por las predecesoras del género literario por el que opta en este caso al presentar sus conocimientos de ciencias naturales y sus principios ecologistas de modo que puedan ser accesibles al público lector no especialista en la temática (2011: 62).

Por ejemplo, en las últimas páginas de la obra, Lawless explica el paradigma de transformación evolutiva que presenta el ajolote mejicano o *ambystoma mexicanum* (Lawless 1901: 192) de modo secuenciado, coherente, conciso y sencillo para ilustrar de nuevo la “Teoría de la Evolución”:

En la actualidad todos somos evolucionistas. [...Los renacuajos] nos aportan cierta información en relación a cómo un ser vivo del reino animal puede, en su proceso evolutivo, pasar de respiración branquial a pulmonar [...]. Que estas transformaciones tienen efectivamente lugar y que llegan a ser permanentes si se dan unas circunstancias determinadas, se ha constatado a través del famoso estudio del ajolote mejicano, del que se tuvo conocimiento por primera vez en el año 1867, cuando el Sr Dumeril anunció, para asombro del mundo de la zoología, que 30 de los ajolotes mejicanos que tenían su hábitat en el *Jardin des Plantes* de París habían abandonado el medio acuático y se habían transformado en especímenes de una variedad terrestre del género salamandra, denominada *ambystoma*. [...] Quedaba por dilucidar, no obstante, como se había obrado tal transformación y, a este respecto, me complace señalar que fue una mujer naturalista, Fraulein Marie von Chauvin, la que lo consiguió gracias a su energía y perseverancia. (1901: 192-193)

La escritora, asimismo, aprovecha esta explicación para visibilizar y elogiar a una colega, Fraulein Marie von Chauvin, a la que otorga el mérito de culminar el análisis de la transformación evolutiva del ajolote mejicano gracias a que posee dos valores fundamentales para la práctica de la ciencia: energía y perseverancia. Von Chauvin, igual que Lawless, encarnó una visión feminizada, casi maternal, de la ciencia en cuanto que albergó un profundo afecto por su objeto de estudio (la naturaleza) y un gran deseo de protegerlo. En un artículo publicado en 1877 en *Nineteenth Century* se ensalza precisamente esto, su autor alaba el hecho de que Von Chauvin cimentara su trabajo sobre

la base de los cuidados y la describe como una especie de madre para los ajolotes que observa en la medida en que les procura el entorno adecuado para facilitar su adaptación al medio terrestre y les presta la máxima atención para asegurarse que su dieta y su salud son las apropiadas para completar el proceso evolutivo con garantía de éxito. Este contrasta con el fracaso cosechado por los científicos varones que perseguían el mismo objetivo empleando métodos violentos como, por ejemplo, extirparles las branquias a los ajolotes para forzar su salida del medio acuático y, con ello, precipitar su metamorfosis (en Shuttleworth 2016: 426).

Por su inestimable contribución en el desarrollo de las ciencias naturales, la historia, y la literatura, por su particular interés en poner en valor a las mujeres en todos estos campos y por su defensa de nuevos parámetros sobre los que asentar la ciencia, la política y las relaciones sociales, Emily Lawless merece ser rescatada del olvido y ocupar un puesto de relevancia en las letras irlandesas.

Referencias bibliográficas

Cahalan, James M. 1999. *Double Visions: Women and Men in Modern and Contemporary Irish Fiction*. Syracuse: Syracuse University Press.

Cahalan, James M. 1991. "Forging a Tradition: Emily Lawless and the Irish Literary Canon". *Colby Quarterly*, Vol. 27, No.1 (March 1991): 27-39.

Goodman, Mathew. 2006. "Emily Lawless". *Irish Women Writers: An A-to-Z Guide*. Alexander G. González (ed.). Westport, Connecticut. London: Greenwood. 185-190.

Hansson, Heidi. 2007. *Emily Lawless 1845-1913: Writing the Interspace*. Cork: Cork University Press.

_____. 2011. "Emily Lawless and Botany as Foreign Science". *Journal of Literature and Science*, Vol. 4, No. 1 (2011): 59-73.

_____. 2014. "Kinship: People and Nature in Emily Lawless's Poetry". *NJES (Nordic Journal of English Studies)*, Vol. 13, No.2 (2014): 6-22.

_____. 2016. "Nature, Education and Liberty in *The Book of Gilly* by Emily Lawless". *Irish Women's Writing, 1878-1922*. Anna Pilz and Whitney Standlee (eds.). Manchester: Manchester University Press. 49-64.

Holmes, John. 2009. *Darwin's Bards: British and American Poetry in the Age of Evolution*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

- Lawless, Emily. 1896. *The Story of Ireland*. London: T. Fisher Unwin.
- _____. 1901. *A Garden Diary*. London: Methuen & Co.
- _____. 1979 [1897]. *Traits and Confidences*. New York: Garland.
- Mc Elroy, James. 2011. "Ecocriticism & Irish Poetry. A Preliminary Outline". *Estudios Irlandeses*, Number 6 (2011): 54-69.
- Meaney, Gerardine. 2000. "Decadence, Degeneration and Revolting Aesthetics: The Fiction of Emily Lawless and Katherine Cecil Thurston". *Colby Quarterly*, Vol. 36, No.2 (June 2000): 157-175.
- Meaney, Gerardine. 2000. "Identity and Opposition: Women's Writing, 1890-1960". *The Field Day Anthology of Irish Writing*, Volumen 5. Angela Bourke (ed.). 976-985.
- Nelson, E. Charles. 2016. "Emily Lawless and Charles Darwin: an Irish mystery". *Archives of Natural History* 43.1 (2016): 148–151.
- O'Donnell, Mary. 2018. "A Prosaic Lack of Women in the Cambridge Companion to Irish Poets". *The Irish Times*. 8 de enero de 2018. <https://www.irishtimes.com/culture/books/a-prosaic-lack-of-women-in-the-cambridge-companion-to-irish-poets-1.3336413#.WINzAHPvBHY.facebook>. [Acceso 8 de enero de 2018].
- Page, Judith W. and Elise L. Smith. 2011. *Women, Literature, and the Domesticated Landscape: England's Disciples of Flora, 1780-1870*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schaeffer, Jean-Marie. 2009. *El fin de la excepción humana*. Barcelona: Marbot.
- Shuttleworth, Sally. 2016. "Science and Periodicals: Animal Instinct and Whispering Machines". *The Oxford Handbook of Victorian Literary Culture*. Juliet John (ed.). Oxford: Oxford University Press. 416-437.
- Sichel, Edith. 1914. Preface. *The Inalienable Heritage and Other Poems*, by Emily Lawless. Privately printed. London: R. Clay. v-viii.
- Smith, Nadia Clare. 2006. *A 'Manly Study'?: Irish Women Historians 1868-1949*. New York: Palgrave, Macmillan.
- Ziman, John. 1998. *¿Qué es la ciencia?*. Cambridge: Cambridge University Press.